



Creemos como María desde la escucha y el servicio

JOSÉ MARÍA RUBIO, SEVILLA

Creer es madurar. El cristiano crece, madura, cuando descubre que la cuestión más importante de su vida no es ¿qué quiero yo de Dios? y comienza a preguntarse ¿qué quiere Dios de mí? Creemos, maduramos, cuando apagamos los auriculares de nuestra propia música; cuando dejamos de sintonizar la melodía exclusiva de nuestros deseos y abrimos definitivamente nuestros oídos a la voz de Dios.

María, mujer humilde de Nazareth, apenas una niña, quizás ignorante de todo menos de lo esencial, tuvo la madurez suficiente para escuchar en su silencio la voz de Dios. Dios la saludó llamándola “Llena de Gracia” y le pidió algo muy extraño, algo que en aquel momento parecía incapaz de entender. Pero María – “*He aquí la esclava del Señor*”- se ofreció gozosa a la voluntad de Dios.

Creer es servir. Así nos lo enseña María. El texto evangélico que acabamos de recordar, la narración de la escena del Lavatorio, nos revela ese misterio. El Jueves Santo, con la promulgación del Mandamiento Nuevo, Jesús – el Maestro, el Señor- nos enseña definitivamente el ejercicio cristiano de servir.

Servir es ante todo obedecer

Despojarnos de la distinción del manto, ceñirnos la toalla de la humildad y dejarnos lavar por el Señor. Para poder llegar a ser realmente siervos, antes hemos de dejar de ser señores.

En su primera palabra en el evangelio María, despojada voluntariamente de todo rango o distinción, se proclama la esclava del Señor. Deja que el Espíritu del Señor obre en ella sus maravillas y hace así posible en sus entrañas el hecho más trascendental de la historia de los hombres: la Encarnación del Hijo de Dios

Servir es un ejercicio de libertad

¿Entendéis lo que he hecho? pregunta Jesús a sus discípulos. Fue su última voluntad, lo que hace de cada persona fuente de la historia.

“Vuestra vocación es la libertad” dice San Pablo a los Gálatas. *“No una libertad para que la aproveche la carne; al contrario; sed esclavos unos de otros por amor”* . En el gesto del

Mandamiento Nuevo Jesús nos revela una criatura nueva y única, diferente y propia, capaz de dar la vida por sus amigos sin otra causa que el amor. María es la imagen visible de esa criatura nueva que nace de la libertad rotunda del amor; la criatura nueva que nace en cada uno de nosotros cada vez que repetimos sus palabras *“Hágase según tu voluntad”*

Sirviendo a nuestros hermanos experimentamos en nuestra propia vida el Reino de Dios. *“Haced esto y seréis dichosos”* dice el Señor. *“Me llamarán bienaventurada todas las generaciones”* proclama María.

La verdadera realización, el crecimiento y la madurez del cristiano se mide por su participación activa y generosa en el servicio a los más necesitados. Sirviendo a los que sufren hacemos de nuestras vidas salmo y ofrenda agradable a Dios. Servidores del Reino de Dios, sirviendo a Cristo Resucitado en nuestros hermanos los enfermos proclamamos, como María, que servir es reinar.

Servir es un ejercicio de esperanza

“Laváos los pies unos a otros” dice el Señor a sus discípulos invitándonos a recordar nuestra condición de necesitados. *“Haced los que El os diga”*, ordena María a los servidores de las bodas cuando se quedaron sin vino.

Nosotros, discípulos de Jesús, servidores de sus bodas, hemos salido a los caminos y a las plazas del mundo de la salud, a los hospitales y a los ambulatorios, a los hogares y a las calles, para invitar a su fiesta a los pobres y a los enfermos, a los olvidados del mundo y de sus bodas. Nosotros, a instancias de María su madre, seguimos cada día llenando de agua las tinajas vacías de tantas vidas que el Señor transformará en vino saludable.

El PROSAC, haciendo lo que dice Jesús es – como María- testigo fiel de su esperanza en la salud y en la enfermedad, en las bodas y en la cruz, en el silencio y en la fiesta, en el Adviento y en la Pascua, en la nieve y la oscuridad de Belén y en el fuego de Pentecostés.

Crecer, servir, es sentir cada día a nuestro lado la presencia amorosa de Jesús. Descubrirlo en la cruz y en el enfermo y hacer de esto la razón principal de nuestra existencia. Y dar fe de ello con el testimonio de nuestra vida.